

TRADUCCIÓN: *DE RATONES Y DE HOMBRES*

UNAS MILLAS al sur de Soledad, el río Salinas se ahonda junto al margen de la ladera y fluye profundo y verde. Sus aguas son tibias porque se han deslizado centelleando al sol sobre las amarillas arenas antes de llegar hasta el angosto remanso. A un lado del río las faldas doradas de las colinas ascienden en una curva hacia las abruptas y rocosas montañas Gavilán, pero en la ribera del valle el agua corre bordeada de árboles: sauces verdes y frescos que cada primavera acumulan entre sus hojas más bajas los restos de las inundaciones del invierno, y sicomoros con brazos y ramas de un blanco moteado que se tienden en un arco sobre el remanso. En la arenosa orilla, bajo los árboles, la alfombra de hojas es tan espesa y crujiente que los lagartos forman grandes ondas al correr entre ellas. Los conejos salen de la maleza a sentarse en la arena al caer la tarde, y el humedal está cubierto con las huellas nocturnas de mapaches, y con las marcas que dejan al revolcarse los perros de los ranchos, y con los rastros de las pezuñas partidas de los ciervos que se acercan a beber en la oscuridad.

Existe un camino a través de los sauces y entre los sicomoros, un camino frecuentado por los niños que bajan de los ranchos a nadar en el profundo remanso, y frecuentado también por los vagabundos que por las noches bajan, cansados, desde la carretera para acampar junto al agua. Frente al largo brazo horizontal de un sicomoro gigante se alza una pila de cenizas, resto de muchas hogueras; el tronco ha quedado pulido por los hombres que se han sentado en él.

La caída de la tarde de un día caluroso levantó una leve brisa que se movía entre las hojas. Las sombras trepaban por las colinas hasta llegar a la cima. En los bancos de arena los conejos permanecían sentados, inmóviles como piedras grises esculpidas. Y entonces, desde la carretera estatal llegó el sonido de pasos sobre las quebradizas hojas de los sicomoros. Los conejos se escabulleron en silencio en busca de refugio. Una zancuda garza se alzó en el aire y se lanzó al río. Durante un momento el claro quedó sin vida y entonces aparecieron dos hombres por el camino y entraron en él por el verde remanso.

Venían caminando por el sendero en fila india e, incluso ya en el claro, uno permaneció detrás del otro. Ambos vestían pantalones vaqueros y cazadoras vaqueras con botones de latón. Ambos llevaban sombreros negros y deformados y ambos cargaban al hombro un apretado hatillo hecho con una manta enrollada. El primero era pequeño y ágil, de cara oscura, con ojos inquietos y facciones fuertes y

afiladas. Todo en él estaba bien definido: manos pequeñas y fuertes, brazos esbeltos, nariz fina y huesuda. Detrás caminaba su opuesto: un hombre enorme, de cara sin forma, con grandes ojos pálidos, con anchos hombros caídos. Y caminaba pesadamente, arrastrando un poco los pies como arrastran los osos las patas. No movía los brazos sino que le colgaban a los lados.

ORIGINAL: *OF MICE AND MEN*

A FEW MILES south of Soledad, the Salinas River drops in close to the hillside bank and runs deep and green. The water is warm too, for it has slipped twinkling over the yellow sands in the sunlight before reaching the narrow pool. On one side of the river the golden foothill slopes curve up to the strong and rocky Gabilan mountains, but on the valley side the water is lined with trees - willows fresh and green with every spring, carrying in their lower leaf junctures the debris of the winter's flooding; and sycamores with mottled, white, recumbent limbs and branches that arch over the pool. On the sandy bank under the trees the leaves lie deep and so crisp that a lizard makes a great skittering if he runs among them. Rabbits come out of the brush to sit on the sand in the evening, and the damp flats are covered with the night tracks of 'coons, and with the spread pads of dogs from the ranches, and with the split-wedge tracks of deer that come to drink in the dark.

There is a path through the willows and among the sycamores, a path beaten hard by boys coming down from the ranches to swim in the deep pool, and beaten hard by tramps who come wearily down from the highway in the evening to jungle-up near water. In front of the low horizontal limb of a giant sycamore there is an ash pile made by many fires; the limb is worn smooth by men who have sat on it.

Evening of a hot day started the little wind to moving among the leaves. The shade climbed up the hills toward the top. On the sand banks the rabbits sat as quietly as little gray, sculptured stones. And then from the direction of the state highway came the sound of footsteps on crisp sycamore leaves. The rabbits hurried noiselessly for cover. A stilted heron labored up into the air and pounded down river. For a moment the place was lifeless, and then two men emerged from the path and came into the opening by the green pool.

They had walked in single file down the path, and even in the open one stayed behind the other. Both were dressed in denim trousers and in denim coats with brass buttons. Both wore black, shapeless hats and both carried tight blanket rolls slung over their shoulders. The first man was small and quick, dark of face, with restless eyes and sharp, strong features. Every part of him was defined: small, strong hands, slender arms, a thin and bony nose. Behind him walked his opposite, a huge man, shapeless of face, with large, pale eyes, with wide, sloping shoulders; and he walked heavily, dragging his feet a little, the way a bear drags his paws. His arms did not swing at his sides, but hung loosely.